

EL TIEMPO Y LA FUERZA EN LA EVOLUCION DE LA CRISIS ARABO-SIONISTA

La continuación de la crisis del Cercano Oriente, concentrada en torno al territorio de lo que fue la antigua Palestina, ha acentuado su pesimismo durante los recientes meses. Cuando al comenzar diciembre iba a cumplirse medio año desde la «guerra relámpago» de junio, tanto los pleitos regionales de la pugna entre los Estados árabes y el sionista Israel como los de la acción mundial en el seno de la Organización de las Naciones Unidas, se encontraban en un callejón sin salida. Por una parte, el Consejo de Seguridad oscilaba entre el proyecto de resolución norteamericano y el de la India, con Nigeria y el Malí. Por otra parte, en los que fueron teatros de la guerra de junio, los gobernantes de Israel se empeñaban en ignorar deliberadamente que, en el sector árabe, había habido voces (como la del rey Hussein) que habían llegado en un empeño de paz hasta la mitad del camino. En líneas generales, una de las mayores dificultades para toda solución era la declaración de Levi Eshkol, de que Israel no haría caso a la O. N. U. si ésta no aceptaba el principio de que Israel se negaba a volver al punto de partida anterior a la guerra de junio.

Así ha ido transcurriendo el tiempo entre intentos verbales de las delegaciones de la O. N. U. en lo internacional, e incidentes bélicos, en lo local del canal de Suez y las fronteras del río Jordán. Pero, entre tanto, el tiempo va dejando de ser un soporte cronológico de la situación, para irse convirtiendo en un factor activo dentro de la misma situación.

Ahora se vuelve a recordar aquellos momentos en que, al iniciarse las hostilidades de junio, en varios sectores de opinión técnica de Europa Occidental se hacían a la vez las dos preguntas de quién ganaría entonces la guerra recién estallada y quién podría después ganar la paz. Sobre la guerra, dichos pareceres técnicos estaban de acuerdo en que Israel la ganaría si no duraba más de unas cuantas semanas; pero podría perderla si se prolongaba

mucho. Por su minuciosa preparación, y sus recursos de dinero y armamentos, lo mismo que por las bases extranjeras de apoyo, Israel contaba con enormes ventajas estratégicas y diplomáticas que aseguraban su fuerza en el sector de la extensión o el espacio. Pero le faltaba otro factor: el del tiempo. Los árabes son mucho más y están más agarrados al terreno y muy acostumbrados a esperar. En todo caso, la «tercera guerra de Palestina» (como las dos anteriores) sólo iba a permitir poner en acción una centésima parte de los posibles recursos del mundo árabe total. La prolongación forzosa del conflicto tendría que ir sacando a relucir dichos recursos. En la campaña de los seis días, los sionistas no podían esperar. Como pasó cuando en 1956 escribía Moisés Dayán: «Debemos terminar muy pronto, sin que nos arriesguemos a ser interrumpidos antes de que la tarea sea realizada, lo que, naturalmente, anularía todas nuestras ganancias militares y políticas.»

Medio año después de la campaña de Jerusalén y el Sinaí, el tiempo se manifiesta como un factor político del arabismo, un doble factor de solidez en lo estatal y de «resistencia» en lo militar. Los círculos de información, afectos a la Liga de El Cairo, saludan la llegada de Aden como un nuevo país miembro, y los teorizantes más conocidos del proarabismo escriben, dando al tiempo un valor de nuevo protagonista. Así, en noviembre ha sido comentado como un texto clave el del portavoz egipcio y director del diario *Al Ahram*, Hassanein Heikal.

Ha escrito Hassanein Heikal al referirse a la derrota de junio: «No podemos negar que ha tenido lugar; pero debemos establecer una diferencia entre dos géneros de derrotas. Hay una derrota cruel que es la que hemos sufrido; pero existe una derrota aplastante que no hemos afrontado en modo alguno. Lo que hemos aceptado ha sido un alto el fuego, lo cual no tiene nada que ver con una capitulación...». Después añade, refiriéndose al conjunto geográfico actual del arabismo: «El mundo árabe constituye una única nación natural que se extiende desde el Océano Atlántico al Indico, con una población de cien millones de almas, repartidas entre distintos Estados independientes, Israel ha sido implantada en el corazón de la nación árabe como una cuña en forma de triángulo, como una barrera artificial. Los Estados y los pueblos árabes se dan cada vez más cuenta de su pertenencia al conjunto común, y la capacidad de los Estados árabes para acentuar su presión alrededor de la barrera artificial de Israel, se va haciendo cada vez mayor. Por ejemplo, en Egipto la población ha aumentado en 10 millones de almas durante los últimos quince años, a la vez que el potencial de la producción se ha

elevado desde 1.800 millones de libras hasta 5.000 millones. Argelia, Iraq, Siria, Arabia Saudita, Kuwait, etc., progresan también aceleradamente... En medio de este océano arábigo que envuelve la barrera sionista, Israel sólo ha encontrado la fuerza armada, que emplea para tratar de aterrorizar a sus adversarios. Esta arma puede tener éxito una o dos veces; pero el tiempo acabará por anular sus efectos, porque la fuerza árabe crece cada vez más, incluso después de cada revés... Ni el terrorismo ni la fuerza armada podrán jamás conducir a que dos o tres millones de israelíes dominen a 100 millones de árabes que pueden llegar a ser 150.»

Al margen de estas entusiastas y calurosas afirmaciones del director de *Al Ahram*, no puede negarse que, en la guerra de junio, los árabes que se decidieron a combatir y lo hicieron efectivamente, fueron sólo una parte exageradamente mínima de los referidos 100 millones. De aquella escasa participación se ha hecho incluso un argumento de propaganda entre los círculos europeos de simpatizantes con Israel, al afirmar que los árabes no participaron por incapacidad o por tendencias a la discordia. Esto último fue desmentido por la reagrupación de los Estados de la Liga, que se produjo en la Conferencia de Jartum. Respecto a la incapacidad, en otros sectores de opinión europeos (es decir, los pro-árabes) se han recordado antecedentes, como el del rápido éxito de expansión medieval del Islam por obra de los árabes, y el del aparente aplastamiento del partido argelino, antes de su alzamiento de 1954. Sin que falte tampoco la cita de aquel conocidísimo proverbio beduino por el cual se aconsejaba sentarse a la puerta de la casa para ver pasar el cadáver del enemigo.

En realidad, desde la reunión de Jartum, parece ser que los países árabes estén de acuerdo en que sus posiciones internacionales comunes se basen en presentar a Israel ante los ojos del mundo como agente provocador de la agresión, puesto que Israel se obstina en ocupar todas las tierras conquistadas, y no cesa de estar en pie de guerra. Ya desde el 14 de agosto (y con motivo de la visita de información hecha a Jerusalén por el embajador suizo, Ernest A. Thalman, como representante del Secretario General de la O. N. U.) dijo en Jerusalén el ministro israelí del Exterior, Abba Eban: «Si los países árabes no aceptan negociar a la vez un tratado de paz y el trazado de nuevas fronteras, el Estado judío se quedará en todos los territorios actualmente ocupados.» Y el 8 de noviembre, en una Conferencia de Prensa celebrada en Nueva York, Abba Eban precisó que, si Israel está dispuesto a negociar nuevas fronteras, éstas habrán de ser «partiendo de las actuales líneas de

alto el fuego, nunca de las posiciones existentes con anterioridad al 5 de junio».

Un comentadísimo artículo del diario suizo *Le Journal de Gêneve*, publicado el 24 de agosto, ha venido dando la tónica de la posición de aquellos elementos que, neutros o indiferentes al principio, se inclinan ahora a prudentes reservas ante la obstinación con que los dirigentes de Israel se empeñan en considerarse como único poder y única fuerza, menospreciando, de hecho, no sólo a los árabes, sino a la organización mundial. El órgano ginebrino se preguntaba *Israel a-t-il exagéré?*, a la vez que censuraba las anexiones de Jerusalén y Cisjordania: pedía la aplicación de las convenciones de Ginebra, y proclamaba la necesidad de la solución del destino de los refugiados palestinos. Al hacerlo así se expresaba la opinión independiente de que todo comportamiento excesivo pone en peligro la solución razonable de un conflicto», y proclamaba que la verdadera paz no tiene nada que ver con una «pax judaica» fundada en la fuerza de las armas únicamente.

Entre tanto, los aspectos generales de los problemas palestinos, arabionistas, y del Oriente Medio en el último tercio del año, han quedado centrados sobre las deliberaciones de la O. N. U. en lo teórico y lo concreto. La etapa comenzó el 19 de septiembre, al abrirse en Nueva York la sesión de la XXII Asamblea General. El día anterior habían terminado las reuniones de la sesión extraordinaria de urgencia, especialmente dedicada al Oriente Medio, sin más resultado que la aprobación de una vaga propuesta sueca, insistiendo sobre la prioridad de las negociaciones próximo-orientales. La sesión XXII se encontró, en primer lugar, con el informe presentado a U Thant por el embajador Thalman. Refiriéndose a sus entrevistas con los gobernantes de Israel, Thalman daba cuenta de que, respecto a Jerusalén, consideraban que su ocupación era, «por derecho de conquista, irreversible y no negociable».

A pesar de tal manifestación, los dirigentes israelíes parecían inclinados desde octubre a evitar toda acción que pudiese entorpecer las iniciativas y la acción de la delegación norteamericana en la O. N. U., aunque decían que tales iniciativas estadounidenses estaban por bajo de los deseos de Israel. Después, el incidente bélico del hundimiento del buque israelí «Elaht», cerca de Port Said, y el consiguiente bombardeo de la refinera de Suez, endurecieron otra vez las posibilidades de las gestiones en el Consejo de Seguridad.

Una nueva esperanza se tuvo en la primera semana de noviembre, cuando el rey Hussein de Jordania llegó a Nueva York para entrevistarse con los gobernantes estadounidenses, completando así una serie continua de visitas a

los Jefes de Estado de una serie de países arábigos, otros islámicos, la U. R. S. S. y Europa Occidental, desde la mitad de agosto. En la «cumbre» de Jartum (que en parte se había debido a una apelación de Hussein), el monarca del Jordán insistió sobre la urgencia de dar el problema de la pugna con Israel, una «solución política». En Washington, el 7 del mismo noviembre, el rey Hussein apuntó un rumbo de concesiones árabes en ese sentido y al servicio de la paz, diciendo, en un discurso a los estudiantes de Georgetown, que «Israel es una realidad actual, aunque podamos decidir no reconocerle». Porque antes hay que preguntarse: «¿Es que Israel reconoce el derecho a los árabes?» Después y a continuación de una entrevista con el Secretario de Estado, Rusk, manifestó Hussein que los países árabes están prontos a acceder a varias mitigaciones de sus puntos de vista, a cambio de que igualmente «los otros» hagan concesiones.

La iniciativa del rey Hussein no tuvo tiempo de ser contestada ni de tener efectos inmediatos en la O. N. U., porque el mismo día 7, la R. A. U. solicitó que se convocase en reunión urgente al Consejo de Seguridad, para examinar la «situación peligrosa» provocada por el aumento de la presión de las tropas israelíes sobre el canal de Suez y otras zonas árabes ocupadas. Inmediatamente después de la petición egipcia, fue presentada ante el Consejo un proyecto de la India, con Nigeria y Malí, pidiendo que las tropas israelíes se retiren «de todos los territorios ocupados a continuación del reciente conflicto». A la vez, fue presentado otro proyecto de resolución por los Estados Unidos, hecha en términos más vagos, pues en ella sólo se hablaba de la paz en Oriente Medio, pero sin aludir expresamente a la presión israelí. Los dos proyectos tenían en común la proposición de enviar al citado Oriente un representante especial para ayudar a los Estados interesados a buscar soluciones.

La R. A. U. expresó inmediatamente su oposición al proyecto estadounidense, porque en él no se decía «que los agresores deben poner fin a su agresión». El portavoz del gobierno egipcio, Mohammed Hassan Zayat, manifestó en El Cairo que la R. A. U. opinaba igual que el rey Hussein, al considerar que la existencia de Israel es un hecho, puesto que la firma del armisticio de 1949 lo había confirmado especialmente, pues «fue firmado con Israel y no con unas sombras» (según frase expresada del mismo Hassan Zayat). Pero precisamente por el precedente de que el armisticio fue punto de partida de una etapa, sólo él puede servir como un punto de partida nuevo,

después de que las tropas invasoras se retiren a las posiciones que ocupaban antes de junio.

Muy curioso fue el hecho de que tampoco Israel se mostró conforme con el proyecto norteamericano, a pesar de que se inclinaba hacia sus propios puntos de vista. El jefe del gobierno sionista, Levi Eshkol, afirmó que ese proyecto podría constituir una base eventual de partida para la paz de Oriente Medio, aunque el texto citado no mencionase las negociaciones directas entre Israel y los Estados árabes, los cuales son (según Levi Eshkol) un punto de empeño israelí, sea con la O. N. U. sin la O. N. U., o en contra de la O. N. U.

Al entrar en la segunda quincena de noviembre, parecía evidente que cualquier solución política dada al problema de la pugna entre Israel y los Estados árabes, exige que antes se liquiden los aspectos más agudos de la tensión militar, aflojando la presión que las fuerzas atacantes en junio no han cesado de ejercer en todo momento. Dicha solución política (total o parcial) sólo podrían imponerla las Naciones Unidas, pero por ahora no se vislumbra las maneras de que pudiesen ser aplicadas. Por parte de los árabes, se ha llegado a la mitad del camino en una transigencia pacificadora, pues el dar valor legal al armisticio de 1949 implica ya casi una base de captación tácita de Israel. En cambio, Israel se empeña en mantenerse armado hasta los dientes, receloso, y en un estado de alerta constante que a veces parece pánico, y es una actitud extraña en quien se proclama vencedor.

Esto no quiere decir que los árabes no se armen o rearmen también, pues ya se sabe que la R. A. U. y Siria han reconstruido casi totalmente sus efectivos materiales de defensa. En lo que queda de Jordania se ha establecido el servicio militar obligatorio. En el Iraq, que no llegó a tiempo de tomar parte en la campaña fulminante de junio, el presidente de la república, Abderrahmán Aref, ha dicho que, en su política exterior, la principal preocupación del gobierno y el pueblo iraquíes es «terminar con la amenaza que supone la tendencia expansionista de Israel». Se trata de una declaración cuyo significado ha de ponerse en relación con el dato de que desde agosto hay varias unidades iraquíes vigilando la línea del río Jordán al lado de las tropas locales. Pero en sus rasgos, salientes el rearme actual de los países árabes contiguos a Israel, no pasa de unas formas defensivas.

Otro aspecto esencial de la crisis del Cercano Oriente en los finales de noviembre era la continuación del cierre del canal de Suez, donde la circulación está suspendida por las dos causas simultáneas de los bombardeos que hun-

dieron barcos y dragas, tapando la vía de aguas, y la ocupación de toda la orilla Este por las tropas israelíes. Sobre el cierre se ha venido comentando, en primer lugar, el efecto de los grandes perjuicios que origina a la economía egipcia, pues los derechos de tránsito por el canal aportaban a la R. A. U. dos millones de libras esterlinas semanales aproximadamente. Pero en el orden mundial, los perjuicios son mucho más considerables.

Ha de recordarse que el trayecto naval desde Marsella a Bombay a través del canal tiene una longitud de 4.600 millas marinas, mientras que, dando la vuelta por El Cabo de Buena Esperanza, se eleva a 10.400 y 8.300 millas de Londres a Port Said a Singapur, son 11.800, dando la vuelta por el Sur de Africa. Así se ahorran en los recorridos distancias entre un 30 y un 56 por 100, además de representar un gasto menor de transporte. Por ejemplo, respecto a Gran Bretaña se ha calculado que, si tuviese que utilizar sólo la ruta de El Cabo, el rodeo costaría unos 900 millones de libras al año. A pesar de las posibilidades de transporte por vía atlántica de los superpetroleros gigantes de 100.000 y hasta 200.000 toneladas, el rápido restablecimiento del paso por Suez es urgente para evitar un continuo aumento del precio de los petróleos orientales que surten a Europa. Tanto más, cuanto que Egipto tenía iniciadas desde 1966 unas obras de aumento del calado, hasta ese máximo de 200.000 toneladas.

Respecto al inconveniente de que el curso del canal sea ahora la línea más avanzada de la presencia y la presión de las tropas israelíes contra la R. A. U., es indudable que desde julio esas tropas no han dejado de violar la resolución de alto el fuego, que fue dispuesta por la O. N. U. Las ciudades de Suez, Ismailía y Port Said, sirven de blanco a su artillería, tirando incluso sobre hospitales, iglesias, mezquitas, escuelas y barcos amarrados en los muelles, lo cual ha provocado una casi evacuación de toda la población civil. La acción de los observadores enviados por la O. N. U. es insuficiente para controlar o prevenir los incidentes y las violaciones, por lo cual el Secretario General de la O. N. U., U Thant, pidió en noviembre que el número de observadores se eleven a 90, y a 118, el de los puestos de observación.

En el deseo de que el canal vuelva a ser pacíficamente utilizado para el beneficio local y el mundial, coinciden, sin duda, los intereses materiales de los Estados árabes y los de Europa Occidental. Pero también en los aspectos políticos se ha dicho y escrito: «El mundo árabe necesita a Occidente», aunque a la vez se haya descuidado mencionar que, en muchos aspectos, Occidente necesita también al mundo árabe. Después de que en la reunión pan-

arabista de Jartum parecieron imponerse las tesis de aquellos Jefes de Estado que en Europa llaman «moderados» (o sea: Burguiba, Faysal, Hassan II, el Emir de Kuwait, etc.), muchos órganos de Prensa de lenguas neolatinas especulaban sobre el hecho de que Europa Occidental y Norteamérica constituían lo que ellos llamaban «el único emporio de riqueza, capaz de ayudar eficazmente a resurgir al mundo árabe.» Los viajes conciliadores del rey Hussein fortalecieron esa opinión; pero luego se ha visto que para ponerse de acuerdo es necesario que sea por ambas partes. Y si Europa quiere contar con los árabes, es preciso que antes obligue a dialogar a Israel.

Claro está que, en caso contrario, los países árabes no tienen, por ahora, medios de obligar directamente a Israel ni a las grandes potencias. Pero en este aspecto parece también que el factor «tiempo» pueda ser aliado del arabismo. Por lo pronto, entre los países del llamado o apodado «Tercer Mundo», vuelve a crecer la convicción de que la causa árabe es también esencialmente «la causa de todos».

En Africa, durante la Conferencia continental celebrada por la O. U. A. en Kinshasa, los Estados negros manifestaron su solidaridad con Egipto como país africano agredido e invadido. En Asia meridional se celebró desde el 13 al 15 de noviembre una conferencia internacional para apoyo a los países árabes, patrocinada por el Gobierno indio, y en la cual han tomado parte delegaciones de 70 países. En cuanto al Islam no-arábigo, la declaración que el 1 de agosto habían hecho juntamente los gobernantes de Persia, Iraq y Pakistán, fue reiterada y reforzada al comenzar noviembre, después de la visita de Ayub Jan al presidente turco, Sunay. Los dos Jefes de Estado musulmanes reiteraron la petición de que Israel se retire de los territorios invadidos, y confirmaron su papel de retaguardia posible de los árabes. Es hasta ahora sólo un apoyo moral, que pudiera llegar a ser más efectivo si no fuese por la convicción de la imposibilidad actual de oponerse a las opiniones concertadas de Washington y Moscú, que en 1948 aprobaron el nacimiento oficial de Israel como país medio-oriental.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

CRONOLOGIA

